

# Moral católica y juventud actual. Valores morales para la resaca dominical

*José Manuel Caamaño López\**

## INTRODUCCIÓN

El objeto del presente ensayo es tratar las dificultades de transmisión de la moral católica a la juventud actual, sobre todo de aquellos valores vinculados a la vivencia de la sexualidad. No pretende hacer un estudio riguroso sobre tan compleja cuestión; ni siquiera es nuestra pretensión elaborar un artículo científico y bien fundamentado acerca de las posibles soluciones a un problema de no fácil tratamiento. Tal vez se deba a ello la escasa bibliografía sobre este tema, mucha de la cual se centra o bien en la transmisión de la fe (algo, por otro lado, de incalculable valor e importancia), o bien en puntos tan abstractos que realmente tanto se podría referir a jóvenes como a cualquier otra franja de edad, cosa que ya es todo un síntoma de algo, al menos sí de cierta ceguera ante la más cruda realidad. Por eso intentaremos, simplemente, elaborar un análisis descriptivo de una situación cada vez más seria, y por lo mismo más urgente, después de un tiempo en contacto con ambientes que muestran la pluralidad de percepciones, vivencias y experiencias, muchas de las cuales parece que chocan de manera frontal con los valores y principios de la moral que nuestra Iglesia pretende transmitir. No va a ser, por tanto, nada original ni extra-

---

\* Profesor de Teología Moral, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.

vagante, sino tan sólo una visión que cualquiera «con ojos para ver» podría ofrecer sin grandes dificultades.

## SENTIDO DE LA ÉTICA

Antes de entrar en materia y como preámbulo que al final retomaremos, conviene hacer una matización de tipo conceptual, sobre todo para no caminar sobre arenas movedizas. Consiste en situar de forma más o menos precisa lo fundamental de aquello que vamos a tratar. Y, a mi modo de ver, no trataremos de otra cosa sino de la «ética». Por tanto, cabe preguntarse, ¿qué es eso de la ética? Es una pregunta esencial, sobre todo porque es frecuente la afirmación de que los jóvenes de hoy viven sin moral, ya no tienen valores éticos o que no tienen ética alguna. Nos bastará para ello —que aunque por demasiado conocido no menos importante— recurrir a lo que Aranguren, el autor de la ya clásica *Ética*, denominaba principio etimológico.

Pues bien, lo primero que hay que decir es que el concepto de «ética» proviene del griego *ethos*. Este es ya un primer problema, pues, como bien saben, se trata de un vocablo con una doble significación según comience por épsilon o por eta, es decir, según sea *éthos* o *êthos*, siendo la primera una «Á» y la segunda una «Ê». El mismo Aranguren hace notar que el sentido más antiguo era el de «residencia», «morada» o «lugar donde se habita», aplicándose primero en referencia al hábitat de los animales y luego al propio ser humano, significación que Heidegger interpretaría como «morada del hombre en el ser», como el «desde» del hombre, que diría alguno de sus discípulos.

Pero tal vez haya sido la segunda significación la que más vigencia histórica ha tenido. En ella, *êthos* quiere decir «modo de ser» o «carácter» en cuanto una forma de vida que se va adquiriendo e incorporando a lo largo de la existencia. Ahora bien, no se trata de algo recibido espontáneamente de forma natural, no es *páthos* simple-

mente, sino que este carácter se va apropiando a través del hábito, que a su vez nace de la repetición de actos iguales. La ética viene a ser así no tanto la raíz de la cual brotan nuestros actos, sino más bien un punto de llegada; es lo que somos como consecuencia de aquello que en nuestro curso vital vamos haciendo. Obviamente, se trata de una cierta relación circular entre ética, hábito y acto, algo que va conformando lo que somos y a su vez, como es lógico, condiciona nuestro modo de actuar en el mundo: «practicando la justicia nos hacemos justos; practicando la moderación, moderados...», escribía Aristóteles explicándolo incluso de forma gráfica: «una golondrina no hace verano».

En latín no hay un concepto para cada significación, y por ello ambos sentidos han sido traducidos por el mismo vocablo, *mos*, moral. Más allá de lo que históricamente ha prevalecido (es decir, en cuanto costumbre o algo intermedio entre *éthos* y *êthos*), no sería un error el entender ética y moral de la misma manera, es decir, como una «segunda naturaleza» del ser humano, una conversión incluso, en cuanto que tanto la ética como la moral constituyen el resultado de lo que uno hace con su vida, de las opciones que toma y de los actos que realiza y que de alguna manera le hacen ser quien es. La ética es, diría Zubiri, la «forma de vida», aquello que hacemos de nosotros mismos, desde lo más elemental espontáneamente recibido hasta lo que a través de nuestra experiencia vamos prefiriendo e incorporando a nuestra existencia.

La cuestión ahora es, por tanto, ¿qué forma de vida debemos tener, cuál debe ser nuestra actitud ante la vida? O mejor, ¿qué actos debemos repetir para tener una ética más o menos buena? La solución no es nada sencilla, porque conlleva ya una determinada idea de lo bueno o del bien y, con ello, también un preciso concepto de la verdad y de la verdadera ética. Es un tema fundamental porque, precisamente, de lo que se trata es de cómo transmitir esa idea a un auditorio cuya ética se sitúa, de una manera bastante compleja, en la decisiva fase de su interiorización moral.

## **LAS VIVENCIAS DE LA JUVENTUD ACTUAL**

Permítanme una osadía o, lo que es lo mismo, una mínima dosis del más objetivo realismo. Sabido es que una de las armas más poderosas de la juventud actual es la destreza en el manejo de las nuevas tecnologías de información y comunicación, las famosas TIC. La repercusión moral, evidentemente, no nace del uso en sí, sino de la orientación práctica que se le puede estar dando en numerosos casos, principio básico en cualquier tema de teología moral. Sin duda alguna, la más habitual entre dichas tecnologías es la referente a los teléfonos móviles, reflejo además de la adquisición de destrezas juveniles cuando el objeto es suficientemente atractivo para sus deseos. Pues bien, no hace demasiado tiempo tuve la ocasión de observar una grabación visual en el móvil de un joven que en ese momento se lo estaba enseñando a sus amigos, una de las múltiples posibilidades que esos aparatos modernos ofrecen para el consumo. ¿Quién no ha recibido incluso alguna que otra vez un *sms* de un número extraño diciéndonos que a «x le gustaría conocerte»? Pues bien, en esa grabación —y espero me disculpen la curiosidad de mi reojo— se podía ver a dos adolescentes, imagino que a altas horas de la madrugada, dando rienda suelta a unos deseos ya nada contenidos. La pareja estaba medio desnuda y realizaba distintas prácticas y posturas sexuales. Digo medio desnuda porque ella conservaba una falda muy corta levantada, la blusa por encima de los pechos, y él, tal vez para no levantar sospechas, mantenía el pantalón a la altura de las rodillas. Eso sí, tanto zapatos como botas permanecían en su lugar de origen. Llamaba aún más la atención que el lugar elegido para la ocasión fuese un cajero automático, de esos de puerta acristalada, y en un cruce callejero bastante concurrido de la monumental Compostela. A continuación, los jóvenes observadores compartieron impresiones sobre casos conocidos por ellos entre los que destacan los de aquellas parejas que un día echaron de una discoteca por tener relaciones sexuales en una esquina del local, otros en el baño, algunos casos conocidos que lo hacían en el portal de su edificio, en el instituto, en el coche de un amigo (algo muy concurrido, por cierto), en el salón de casa mientras los padres duermen, en su dormitorio cuando no

están..., y un sinfín de experiencias que suponen toda una obra de ingeniería logística. Quizá las conversaciones domingueras, mezcladas de realismo, deseo y falta de sueño, contribuirían a una tarea de semejante calibre. Pero al mismo tiempo no podemos engañarnos ante lo que simplemente es una cuestión de hecho. Al menos, y dejando a un lado por ahora la importancia que podría tener una moral del espectador, del morbo, o simplemente del *voyeur* que osa utilizar su móvil para tales grabaciones –al igual que las de las peleas en el colegio, las muestras de racismo, la violencia sexual, etc., que luego se pasan entre los colegas a base de *bluetooth* o las cuelgan en páginas web–, el caso es que toda esta compleja trama de vivencias están ocurriendo y que, por tanto, son un hecho que hay que explicitar, pensar y tratar con delicadeza porque es un reflejo entre tantos otros, de la distancia abismal entre los valores juveniles, si así se pueden llamar, y aquellos valores que desde distintas esferas intentamos transmitir.

Es probable que las generalizaciones nunca fueran del todo buenas, pero lo cierto es que, dejando a un lado los casos excepcionales (que también los hay), esa es la tónica general que constituye, por tanto, una gran parte del auditorio al que nos tenemos que dirigir. Se trata de factores que definen parte de las vivencias e intereses de la juventud –en este caso referidos a la vivencia de la sexualidad–, pero que se pueden observar en otros muchos casos de su vida cotidiana. No hace mucho que el Ministerio de Sanidad alertaba de que el 64% de los jóvenes entre 14 y 18 años creen que beber es normal, sobre todo los fines de semana, y que la media de edad en la cual se empieza a hacerlo es a los 13 años. Con ligeras variaciones se coincide con la edad en la cual se empieza a tener algún tipo de relación sexual, siendo además muy frecuente tenerlas de forma esporádica, lo que en lenguaje vulgar se conoce con el nombre ya casi técnico de «polvos de una noche», prácticas realizadas además, en gran parte de ocasiones, bajo la influencia del alcohol o de otras sustancias especialmente desinhibidoras e incluso con frecuencia, y en edades tempranas, bajo el mito de que «la primera vez no pasa nada» o confiando en la utopía masculina del «yo controlo». Tal vez por ello bastantes

establecimientos decidieron colocar al lado de las máquinas de preservativos las expendedoras del «anillo vibrador». Con estos antecedentes no resulta extraña la asiduidad en el uso de la píldora del día siguiente o incluso el recurso a prácticas abortivas ocultas por el temor a que determinados padres se enteren.

La situación, por tanto, es bastante preocupante y tiene que ver no sólo con las experiencias juveniles aisladamente consideradas, sino también con los valores y educación que desde los que deben ser sus ámbitos de referencia se les están transmitiendo. Dicho de forma esquemática: «¡los jóvenes no tienen la culpa de todo!», sino que, sobre todo en las tempranas fases de edad, no pasan de ser unos simples aprendices, cuando no repetidores, de aquello que ven a su alrededor. Sin ir más lejos sólo hace falta escuchar los problemas que muchos profesores de colegio tienen con algunos padres en cuanto a lo que autoridad se refiere, cosa que influye notoriamente en la posterior actitud juvenil con respecto a determinadas normas o, simplemente, sencillas pautas de educación que tardíamente se pretenden renormalizar bajo la mano dura del recurso a la *súper nanny*.

Es probable que la situación creada venga de lejos. Obviamente, los valores relacionados con la revolución sexual causaron tanto influjo que se han vuelto demoníacos contra sí mismos. Basados en la normalidad, en la naturalidad («las relaciones sexuales son algo natural», se dijo), en la permisividad («los padres deben ser colegas de los hijos», dijeron otros)..., hemos eliminado del sexo su elemento de misterio, aquello por lo cual se hace verdaderamente especial y simbólico. Sencillamente hemos destrozado lo que Paul Ricoeur llamaría «el enigma de la sexualidad» a través de una falsa destabuización, para convertirla en un objeto más del consumo humano, en un elemento nuevo del *carpe diem*: «¡consume, gasta y goza!, que eso es lo que llevarás».

Pero es que además el caso anecdótico de las nuevas vivencias sexuales no es más que un leve reflejo de hecho mucho más global, y es el cambio general con respecto a la visión juvenil de la sociedad, de su mundo e

incluso de su propia existencia. Es cierta la afirmación de los expertos de que la cultura del «*vivir el momento*» ha hecho desaparecer los grandes relatos, las utopías e incluso, podríamos decir sin demasiado temor a equivocarnos, los mínimos proyectos de realización humana o de vida. El «compromiso» está en crisis, la visión liberal de la autonomía se ha manifestado entre la juventud bajo la forma de rechazo a todo lo impuesto para poder ser realmente libres, para crearnos nuestras propias normas y pautas de conducta. Es la indiferencia ante determinados criterios normativos, ante la sociedad misma, la política, o ante cualquier tipo de institución. Es más, las instituciones pasan a crear sensación de rechazo, y más aún cuando esa institución se refiere a la Iglesia Católica, que ha pasado a ser de las menos valoradas entre las muchas existentes. Con frecuencia oímos decir, incluso a aquellos que se siguen confesando creyentes, que «creo en Dios, pero no en la Iglesia ni en los curas», algo que le sucede al clero, pero también a otro tipo de profesiones como puede ser la del médico, que de algún modo siente perder su autoridad con el consiguiente trastorno de su autoestima, que en no pocas ocasiones lleva a comportamientos vertebra- dos por la resignación y el cabreo; «los jóvenes han perdido la noción del pecado», dicen muchos bienintencionados pastores.

Pasa con lo religioso –favoreciendo el auge de un tipo de pseudorreligiosidad a la medida (cuyas distintas expresiones ya no nos resultan extrañas)–, y pasa con la vida moral en particular. Los jóvenes prefieren un tipo de cultura basada en sensaciones, en probar lo que esté al alcance, lo que al mismo tiempo es muestra de una gran insatisfacción ante lo que les rodea, quizá también porque sienten que se les ha defraudado. «Lo bueno es lo nuevo», aquello que puedo contar a mis amigos y fanfarronearme con ello, experiencias primeras, lo que pocos realizan, desde lo misterioso del sexo tántrico hasta la curiosidad del sexo anal, lo que en cierto sentido llama la atención por extrañeza, por morbo o por reto a conseguir. Si pasamos por un kiosco es probable que al lado de un libro sobre los secretos del ocultismo se nos vaya la mirada al de técnicas orientales para un sexo mejor, las películas porno o un *best-seller* sobre cómo practicar sexo oral con tu pareja. A nadie se le escapa ya que el lema de muchos jóvenes

antes de salir con los amigos para disfrutar del sábado noche es el «hoy triunfo».

No sé hasta qué punto pueda estar siendo exagerado, pero lo que es indudable es la distancia que se produce entre aquello que la juventud actual vive y desea sentir, y los valores que nosotros deseamos que realicen. La dificultad estriba no sólo en transmitirlos en circunstancias adversas, sino en que además se puedan asumir y se conviertan en orientadores de la vivencia juvenil. ¿Siguen siendo válidos nuestros valores? ¿Tenemos capacidad para darlos a conocer? ¿Sabemos transmitirlos? ¿Cómo valorar su comportamiento? Son cuestiones que deberemos tener muy en cuenta para no perdernos en la infinitud de nuestras abstracciones especulativas.

## **LA BÚSQUEDA DEL BIEN**

Decíamos anteriormente que la ética es, al menos en su forma más esencial, un punto de llegada, lo que debemos ser, nuestro carácter. En cierto sentido tiene, por tanto, un componente de anticipación, de proyección y hasta de hermenéutica, en cuanto que día tras día, en nuestros avatares cotidianos, vamos eligiendo, prefiriendo y actuando, nos vamos haciendo a nosotros mismos y configurando nuestra forma de vida. Ahora bien, no toda ética está justificada, no es lo mismo ser de una que de otra forma y, por lo tanto, no todo lo que puede hacerse es moralmente aceptable. Se trata, por tanto, de precisar cuál es el objeto de la ética, cuál debe ser el objetivo a perseguir. Y supongo que prácticamente todo el mundo coincidirá, al igual que el mencionado Aranguren, en que ese objeto formal de la ética no puede ser sino el «bien» o aquello que otros califican con el concepto de «verdad». Es probable que alguien objete que esto es una mentira dado que, incluso para los grandes autores de la historia del pensamiento, el objeto de la ética es la «felicidad». Esto es del todo cierto, pero siempre y cuando se considere esta felicidad como el supremo bien que reside, en su caso, en la autoperfección –término, por otro lado, tal difícil de precisar como el de bondad–, con lo cual son conceptos ine-

ludiblemente inseparables si no se quiere reducir la felicidad a una mera satisfacción de los múltiples deseos humanos. Se puede ser feliz y al mismo tiempo moralmente detestable.

Hay que tener en cuenta, por tanto, que hablar del bien como «objeto formal» no es algo superfluo, sino que expresa muy bien la dificultad de su comprensión y, por ello mismo, la diferencia incluso cultural a la hora de establecer los valores materiales que lleven a su realización. Lo que sí está claro es que la ética debe ser la realización del bien. Romano Guardini, en sus *Lecciones en la Universidad de Múnich*, decía que «la vigencia del bien obliga siempre», que la «exigencia de los demás valores puede ser particular, pero la del bien es universal», «nos hallamos sometidos al bien».

Pero pronto surge la dificultad: ¿qué es, por tanto, el bien? El propio Guardini contestaba que «el bien es el bien», lo mismo que le pasaba a Moore con lo bueno, un fenómeno originario que no puede deducirse de ningún otro fenómeno. La modernidad ha supuesto una quiebra en el concepto de verdad y, con ello, también ha puesto límites infranqueables al aplicar el conocimiento en la comprensión de la realidad y de la vida moral. Kant se preguntaba: ¿qué es «santidad»? La respuesta, perfectamente aplicable aquí, es la siguiente: no hay nadie que pueda ser santo, simplemente porque todo lo que hacemos de algún modo nos constriñe, a lo mejor no nos gusta. Y santa sólo puede ser una voluntad pura, el bien puro, es decir, Dios. El bien es, por tanto, Dios mismo, el «Santo», la «Verdad», Aquel que –en palabras de von Balthasar– «en su infinita libertad se posee y se determina a sí mismo (...) de manera que mantiene siempre su cohesión y no se funde en lo ilimitado de un mar sin contornos». Ahora bien, de algún modo el ser humano participa del ser divino en cuanto que tiene el reflejo de su voz en lo más profundo de su propio ser, la «inhabitación del espíritu» que dicen algunos, algo que él mismo puede llegar a descubrir porque es «imagen de Dios». Otros hablarían de lo mismo bajo el concepto de «participación». Es más, desde un punto de vista cristiano podemos permitirnos el decir que en Jesús encontramos la verdad acerca de Dios y la verdad acerca del ser humano. Él es el criterio de

nuestro ser, la anticipación de nuestra bondad, simplemente porque es en él donde «hallamos a Dios y a nuestra miseria» (Pascal).

El joven rico se acercó a Jesús y le preguntó: «Maestro, ¿qué cosa buena tengo que hacer para conseguir la vida eterna?» (Mt 19, 16). Dicho de forma profana: ¿qué he de hacer para ser éticamente bueno y, en consecuencia, verdaderamente feliz? Como ya anticipamos, la respuesta a la hora de establecer los criterios que nos lleven a «ser buenos» podrían diversificarse porque las concepciones de lo que es el «bien» son igualmente diversas, sobre todo desde la aparición de teorías y autores que subrayan como una de sus características esenciales su inobjetividad y, con ello, la incapacidad de la mente humana para comprenderlo de manera clara e inapelable, cosa que no parece suceder desde el punto de vista de la moral católica tal como aparece en los diferentes textos magisteriales como puede ser el de *Veritatis splendor*, más allá de las divergencias y objeciones que tanto filósofos como teólogos también católicos han puesto a sus presupuestos de base.

El Magisterio no tiene problema en afirmar la objetividad del bien/verdad y, además, en sostener que el ser humano tiene la capacidad para conocerlo. Obviamente, si en Jesús encontramos la anticipación de nuestro mismo destino, él se constituye también en criterio de nuestras acciones dándonos a conocer lo que Dios quiere que sea nuestra vida. Dejando a un lado la importancia de elaborar una reactualización de la ética de los mandamientos –algo muy necesario sin duda–, según el Magisterio Católico el ser humano participa del mismo ser divino porque Él ha dejado de una vez por siempre su impronta en la Creación. Esto se manifestaría como ley natural, que viene a ser esa luz infundida por Dios que nos permite conocer qué hay que hacer y qué no debemos hacer. De ella se derivan determinadas normas que el propio Magisterio ha ido elaborando al interpretar de una forma concreta la voluntad de Dios sobre el mundo y que no es necesario repetir ahora. La conclusión que se desprende es que hay actos que son buenos y otros que vendrían a ser «intrínsecamente malos» más allá de los elementos que puedan intervenir en la ejecución del acto mismo.

La simpleza de la anterior exposición de la postura magisterial no puede permitirnos no reconocer la inmensidad de críticas a las que tal postura ha sido sometida, no siendo nuestro interés ahora el valorar lo acertado o no de las distintas formas de entender el acto moral y, con ello, la propia ética de la vida humana. Lo que sí hay que tener en cuenta es que la insistencia en la dimensión objetiva de nuestro quehacer no es tampoco algo a pasar por alto con ligereza. Lo que se pretende, aunque sea a costa de reducir la importancia de las fuentes tradicionales para la valoración de los actos (intención, circunstancias y finalidad) es mantener una distancia con respecto a las diversas concepciones situacionistas de la moral –que, con cierta frecuencia, podrían desembocar en el relativismo en cuanto que el propio ser humano se convertiría en creador de aquellas normas que más se ajustan a sus deseos–, a las teleologistas –tanto las proporcionalistas como las utilitaristas–, e incluso a las que bajo el refugio de la «opción fundamental» no tienen en cuenta la especie misma del acto moral, su objeto, posibilitando, en este caso, juzgar determinados comportamientos como buenos cuando en realidad –justificándose en la buena intención también– buscan su propio beneficio con el peligro de un irreparable daño social. Con todo, dudar de las intenciones es, también en cierto sentido, ser consciente de nuestras limitaciones, reconocer que podemos equivocarnos y que la opción que tomemos puede no tener ya solución. Por eso el mismo Magisterio afirma que las diversas fuentes ya señaladas –cuando están orientadas por la búsqueda de la verdad y el bien– pueden disminuir la gravedad de las acciones erróneas (el mal menor) al igual que ocurre con la conciencia. Pero dado que todo aquello que hacemos no tiene simplemente una dimensión individual sino también social, hay determinados preceptos o prohibiciones que en sí mismos hay que cumplir o evitar, porque cuando nos arrepintamos a lo mejor puede ser ya demasiado tarde.

## **EL ACTO MORAL Y LA BONDAD**

¿Hasta qué punto, por tanto, los actos aislados e individuales son esenciales en el transcurrir de nuestra vida y en la construcción de nuestro ser,

sobre todo después de decir que la ética es un punto de llegada y que engloba toda nuestra vida? Ciertamente la ética es lo que hacemos de nosotros y eso se hace a lo largo de un difícil camino y bajo una determinada idea del bien. No se puede decir que un niño, si pega a otro niño, es un ser malvado y que merece ser condenado. Lo más a lo que llegamos es a darle un tirón de orejas o simplemente una pequeña riña, pero no concluimos que su ser ya está perdido.

Ya hemos mencionado la importancia de la relación entre ética, hábito y actos, refiriéndonos con estos últimos a los que se producen de una forma libre y deliberada, es decir, a aquellos de los que uno mismo es consciente. Y dijimos además que se trata de elementos inseparables, la habitud dirige nuestros actos pero también con los actos vamos adquiriendo determinados hábitos y conformando nuestra ética o nuestra forma de ser. ¿Cuál es entonces la importancia del acto, hasta qué punto influye en nuestra ética y con qué criterio valorarlo? La respuesta a la última de las cuestiones es, en principio al menos, sencilla: el criterio es la búsqueda y ajustamiento al bien moral, siempre y cuando este sea aceptable, algo dado por supuesto en la ética cristiana.

Lo más complicado, sin duda, es responder a las otras dos, simplemente porque los actos, aisladamente considerados, pueden resultar engañosos. Yo no soy bueno porque un día dé una limosna a quien lo necesita. Pero, ¿soy moralmente detestable porque un día deje de darla? Para bien o para mal –reitémoslo– «una golondrina no hace verano». Lo que sí es prácticamente seguro es que haciendo una u otra cosa de forma repetida adquirimos determinados hábitos que nos harán volver a realizar las mismas acciones, con lo cual nos vamos apropiando de ciertos valores, virtudes o vicios que nos hacen ser de tal o cual manera. Los actos, por tanto, son algo esencial de la vida humana, pero no son elementos aislados del propio ser, simplemente porque la vida es una totalidad unitaria y la ética humana sólo queda totalmente definida en el momento de la muerte, cuando ya no hay marcha atrás ni posibilidad de arrepentimiento. Los actos, es cierto, van definiendo en gran parte nuestro ser. Si alguien es

infiel una vez puede dejar de serlo para siempre o puede llegar a convertirse en un mentiroso compulsivo. Hablar de opción fundamental es otra forma de decir que tenemos determinados hábitos porque siempre hemos actuado de una u otra manera y, con el tiempo, actuaremos según como somos o según como nos hemos hecho a nosotros mismos. Ahora bien, no todos los actos revisten la misma importancia en la conformación de nuestro ser. Hay algunos que cuando se realizan parece que algo vibra en el interior de cada persona, que se conmueven las entrañas; y, sin duda alguna, los actos que más nos definen son aquellos en los que está en cuestión la vida de los demás. No es posible ser moralmente bueno siendo ciego ante la injusticia y el dolor ajenos. Decía Aranguren: «el sentido de la vida y lo que a través de la existencia hemos hecho y estamos haciendo de nosotros mismos, y no sólo cada uno en sí, sino también con los otros, porque somos corresponsables del ser moral y el destino de los demás, he aquí el tema verdadero, unitario y total de la ética».

## CONCLUSIÓN

De lo dicho hasta aquí podrían extraerse determinadas conclusiones para la valoración de algunos actos que, como vimos en su momento, están muy extendidos entre la juventud actual, aunque probablemente no sea yo el más indicado para hacerlo. Ello nos da alguna pista, además, acerca de las complejas posibilidades de transmisión de una determinada idea de lo bueno y del camino que nos acerca a su conocimiento, su comprensión y su asimilación para la vida moral de la juventud. La tarea no es sencilla porque ni la libertad, ni la conciencia ni, en general, las propias personas, son objetos que se puedan descifrar en un tubo de ensayo e inculcarles aquellos valores que parecen ser los mejores.

Una solución sencilla es decir que los valores que intentamos predicar están totalmente desfasados, que se han vuelto inoperantes, y que es preciso renovarse para poder situarse a la altura de los tiempos y no seguir siendo unas simples mentes trasnochadas. Después de la descripción

general de las vivencias juveniles realizada en su momento, esta parece la vía que debe orientar nuestra reflexión. Sin embargo, podemos preguntarnos, ¿es el criterio de normalidad o simplemente la estadística de la frecuencia lo que da lugar a calificar como buenas determinadas conductas? Es cierto que históricamente hablando se han ido descubriendo muchos valores antes indefinidos y que hoy consideramos como buenos; así, ahora hablamos de igualdad, hablamos de derechos humanos y hablamos de muchas otras cosas tiempo atrás inconcebibles. Por ello no cabe descartar la posibilidad de que, ciertamente, algunos valores hayan cambiado sin que por ello sean negativos, del mismo modo que tampoco se puedan calificar tan fácilmente como positivos. Ahora bien, ¿se ajustan todos ellos del mismo modo al bien y a la felicidad humana sin perjuicio social alguno? Es otra compleja cuestión y que, a mi modo de ver, nos podría llevar a un callejón sin salida. Es más, existe una gran probabilidad de que el cambio de valores, aceptando aquellos socialmente más extendidos y que más placer provocan, no conlleve —con toda modestia— un aumento de nuestra felicidad.

En varias ocasiones nos hemos referido a que la ética es el fin, aquello que el ser humano llega a ser en un largo y pedregoso camino. Y por lo mismo decíamos que a nadie se le ocurre decirle a un niño que está perdido porque un día en la escuela se haya peleado con su compañero de pupitre. En este caso le preguntaremos qué ha pasado, por qué se ha peleado, le pediremos que haga las paces y que no vuelva a pelearse, es decir, que, de algún modo, estamos ya educando y configurando una peculiar forma de ser. Otros podrían decirle que se vengara generando probablemente una ética distinta. Lo que sí parece que se vuelve en contra es un mero bofetón sin razones ni esperanzas.

Por tanto, si hablamos de la juventud, nos estamos refiriendo a una época de la vida caracterizada por la adquisición, el enfrascamiento e incluso por la atracción de lo nuevo y prohibido, algo de lo cual debemos ser conscientes. Los actos no tienen la misma valoración que en una persona madura en cuanto que, probablemente, no definen de la misma manera al

sujeto que los ejecuta y ni siquiera tienen por qué ser reflejo de su propio ser. Un joven de 18 años puede ser infiel, emborracharse tres días seguidos y ser expulsado por exhibicionista de un determinado local nocturno. ¿Podemos juzgarlo de la misma manera que si lo hiciera una persona de 45 años? Yo creo que no, creo que lo que ha hecho no está bien, que se ha equivocado, pero que a pesar de todo aún no está perdido y que puede llegar a ser una muy buena persona.

Yo no soy experto en educación, ni pastoralista, ni menos aún un ejemplo de virtudes morales. Pero sí me parece que la escucha, por eso mismo, es el primer paso para poder transmitir algo, porque en ella el joven se siente acompañado, apreciado e incluso comprendido. Escuchar es, por tanto, el punto de partida para la transmisión de valores y que debe ir unida a un proceso de acompañamiento vertebrado por un verdadero testimonio de vida. Un padre puede pegarle a un hijo que se ha peleado, pero si ese niño ve cómo cada día sus padres se pelean, difícilmente podrá ser una futura buena persona, simplemente porque aprende lo que es la mentira, la maldad y el egoísmo, pero no el sentido preciso de la bondad. Se la han contado a sus oídos, pero no ha penetrado en su corazón.

En definitiva, la sociedad tiene una tarea fundamental que es la de saber orientar la vida de gente, inocente hacia la búsqueda de la bondad y, por tanto, de la felicidad. Ese es el reto de tantos pastores, educadores y padres, que más allá de buscar culpables y camuflar sus limitaciones en la aureola de la pecaminosidad juvenil, se sientan verdaderamente capaces de escuchar y de ser responsables con quienes les necesitan en el camino de su vida y en la conformación de su propio destino.